

Esteban Valenzuela, *Teoría Triangular del Desarrollo:
Pensamiento Y. 40 factores para el Buen Vivir*,
Ediciones U. de Concepción, 2020

El libro del profesor Esteban Valenzuela que hoy comentamos, *Teoría Triangular del Desarrollo: Pensamiento Y. 40 factores para el Buen Vivir* hace parte de la tradición intelectual de los estudios del desarrollo, que nació en Europa al calor del proceso de descolonización. En América Latina, esta tradición ha transmutado en una cosecha de pensamiento tan original como crítico, empezando por el cuestionamiento del propio enfoque colonial que impregnó los estudios del desarrollo desde el término de la II Guerra Mundial.



En este contexto, Chile ha tenido históricamente un aporte muy destacado en las dos vertientes que resumen la evolución y enfoques de los estudios críticos del desarrollo: la vertiente objetiva de la crítica de la economía política (del dependentismo estructuralista y marxista y del neoestructuralismo) que recorrió Osvaldo Sunkel en sus distintas etapas como pionero

del desarrollo sostenible; y la del giro subjetivista hacia el desarrollo humano de Manfred Max-Neef, que hoy prolifera como verdadera *lingua franca* a nivel mundial en toda clase de propuestas posdesarrollistas y bienestaristas, donde América Latina ha pasado de aportar la materia prima del análisis a manufacturar pensamiento de vanguardia a nivel mundial.

Ambos enfoques del desarrollo (objetivista y subjetivista) son genuinamente chilenos y con amplia proyección internacional, en la mejor tradición del nacionalismo fraterno al que apela el profesor y activista Valenzuela, cuyo trabajo se inscribe en esta última vertiente subjetiva, aunque no es ajeno tampoco a la crítica de la vertiente objetiva.

Pero la conversación sobre el desarrollo es mucho más antigua que los setenta años de vida de la institución que dio cobijo al desarrollo como mito movilizador. Me refiero claro está a la CEPAL, que no por casualidad nació de una idea de diplomáticos chilenos y es en Chile donde tiene su sede desde su creación en 1949. El debate sobre el desarrollo, decía, lleva siglos instalado en la región incluso antes de que Domingo Faustino Sarmiento publicara su *Facundo o civilización y barbarie* en 1843. Después de todo, Abya Yala, como los kuna de la Gran Colombia denominaron a América, es la tierra vital que florece; y cabe recordar que John Locke describió en su *Segundo ensayo sobre el gobierno civil* (1690) el estado de naturaleza original, como un estado de libertad y abundancia (de estar libre de la necesidad), lo resumió sentenciando que “en los orígenes todo el mundo era América”.

Todo esto nos devuelve a la etimología, pero también al dilema seminal, del desarrollo, que el trabajo que hoy presentamos propone superar: cómo conseguir el florecimiento personal en una sociedad y un entorno que también deben organizarse de tal modo que puedan ser florecientes. Para ello, Valenzuela adelanta una teoría del desarrollo y sus leyes, para que la Patria Grande, ya como región mestiza, regrese (y en ese sentido paradójico también progrese) hacia el momento eudaimonista del Buen Vivir, cuyo contenido ya definió pioneramente Max-Neef al hablar de la triple armonía con uno mismo, con los demás y con la naturaleza.

Por eso, no está demás puntualizar aquí que la idea del desarrollo es una metáfora que proviene del campo de la biología, que es de donde la tomaron Herder, Kant, Hegel y Marx para referirse al desenvolvimiento o florecimiento (*entwinklung*) de las personas, teniendo en cuenta que los seres humanos no viven aislados (son seres sociales) ni desarraigados (necesitan para su desarrollo estar enraizados en

un territorio, esto es, en medio ambiente natural y construido sano). Ese desarrollo humano es lo que el capitalismo mercadocéntrico impide al fijar unas condiciones de existencia contrarias a la esencia de la vida humana, que no es otra que el libre desarrollo de las potencialidades creativas de las personas en un entorno familiar, social y medioambiental armonioso. Así lo denunció Charles Fourier (un pionero del pensamiento triangular) con su concepto de fragmentación y de modo más contundente y claro Marx en los *Manuscritos* de París con la crítica del capital como relación social a partir del concepto de alienación, que inspiró directamente la idea de desarrollo humano de Amartya Sen, según confesión del propio premio Nobel.

El punto, la verdadera cuadratura del círculo, por seguir con las metáforas geométricas del libro del profesor Valenzuela, es cómo lograr ese desarrollo humano en fraternidad, ese ideal aristotélico de la convivencia cívica, que retomó Keynes en su conferencia de 1930 “las posibilidades económicas de nuestros nietos” con su reivindicación de la vida buena activa y creativa en la estela de Aristóteles y Marx. El problema, tal y como yo lo veo, es que para conseguir el Buen Vivir, el justo medio de los mayas y de Aristóteles, el contexto del desarrollo capitalista desigual no ayuda. Es un mal desarrollo que con una perspectiva de largo plazo, la del capitaloceno, nos empuja a una mala vida, a una vida de trabajo alienado, de desigualdades internas y entre países y de depredación del medio ambiente generador de desigualdades intergeneracionales. Así que el problema sigue siendo cómo lograr el empoderamiento del otro (de Chile, de sus clases subalternas), en el contexto de un Estado periférico, con intolerables desigualdades verticales (por razón de clase), horizontales (por razón de género, edad y etnia) e intergeneracionales (por consumo y agotamiento de recursos), que precisa gobernanza multinivel (local, regional y plurinacional) y que tendrá que sobrevivir en medio de una globalización en retroceso, de una auténtica desglobalización, en la que se está alumbrando una nueva política de bloques.

Para salir de esos encierros internos y externos, Esteban Valenzuela adelanta un vademécum de 13 recetas, presididas por el principio activo de la triangulación, que recuerda mucho a una tercera vía en las políticas públicas sin salirse de los límites del capitalismo, pero también a un nuevo tercer mundo frente a los bloques liderados por EEUU y China. A mi juicio, se trata de una reivindicación de la utopía socialdemócrata (una ideología que, sí, en los oscuros momentos actuales, se ha vuelto un horizonte movilizador, ahora bajo el ropaje ecologista y europeísta del Green New Deal). Esta apelación a la utopía posible se hace a partir de una ontología postmaterialista, enraizada en Freire, Dussel, Quijano y Escobar, pero también en Bilbao, Hurtado, Maturana y el Papa Francisco, y a nivel teórico en el nuevo cosmopolitismo de Beck y Grande. Se trata de un pensamiento híbrido y de avanzada, superador del dualismo cartesiano (binario, lo denomina el libro), que se podría beneficiar (y seguro radicalizar, en el sentido marxista de ir a la raíz de lo que importa) con la lectura de los aportes que, desde la ecología-mundo, propone Jason Moore con su concepto de *web of life*. Estoy seguro que el planteamiento de Valenzuela quedará impactado por esa carga de profundidad contenida en la crítica de la lógica extractivista del capitaloceno de Moore, que ya está siendo discutida en varios seminarios de la CEPAL en su sede regional de México.

Porque, y aquí entro en algunas observaciones constructivas, el recetario de los 40 factores (o leyes del desarrollo) para el Buen Vivir del profesor Valenzuela carece en su prospecto de las interacciones, las contraindicaciones y los efectos secundarios de la medicación, aunque el enfoque holístico (basado en integrar opuestos y pensar de modo complejo y hasta en espiral) es, a mi juicio, el que se necesita para abordar las enfermedades económico-sociales de nuestro tiempo, las mismas que ya identificó Keynes como los grandes problemas de la economía en la década de 1930 (la pobreza, la desigualdad entre personas y naciones) a los que ahora hay que añadir la insostenibilidad de nuestros sistemas de producción, consumo, distribución y movilidad, no porque seamos demasiados (la tesis neomalthusiana y facilista del antropoceno), sino por la lógica extractiva y depredadora del trabajo y la naturaleza del capitalismo financiero (la tesis compleja del capitaloceno).

En lo que sigue comentaré alguno de esos puntos para terminar con una propuesta de adhesión internacional para el nuevo Chile que habrá que empezar a construir si todo sale bien en octubre, y que podría legitimar y operativizar con cooperación internacional genuina (horizontal, verdaderamente fraterna) la mayor parte de las políticas públicas que se esbozan en el texto.

Me gustaría empezar destacando la propuesta de democracia esencial que hace el autor. Democracia esencial que debe tener su fundamento en la educación como factor, no de reproducción de las desigualdades (que es la triste realidad de la mayoría de los países de América Latina), sino de movilidad social ascendente. Una propuesta que rescata el ideal ilustrado sobre la educación y que sirve para dotar de contenido al concepto de fraternidad a lo interno. Ese capítulo III, no obstante, suscita alguna objeción a propósito de los índices compuestos que se usan sin tener en cuenta los sesgos que siempre se meten de contrabando en la selección de los indicadores y en las delimitaciones de los conceptos. El ejemplo chileno reciente (que de modelo a seguir ha pasado a hacer aguas por todas partes) lo muestra de modo contundente, aunque el autor se enmienda a sí mismo con su defensa radical de lo confederal y lo plurinacional en cuanto a la dimensión política del desarrollo.

Esta radicalidad, sin embargo, no encuentra su correlato en la dimensión económica. Aquí encontramos propuestas de diversificación de la matriz productiva excesivamente optimistas, pero que habrá que analizar con cautela en el debate de reconstrucción postpandemia. Me refiero a la visión un tanto indulgente del turismo como un factor de conservación de la biodiversidad. El caso de España no es precisamente un buen ejemplo: con 85 millones de visitantes extranjeros al año no hay medio ambiente que lo resista, y, lo que es peor, el turismo masivo reproduce una lógica extractivista y de dependencia que ahora (con una caída de más del 90% de la ocupación) estamos pagando con la mayor reducción del PIB de la OCDE. La alternativa, el turismo sostenible, hace parte de la economía del *small is beautiful* que reproduce la denominada paradoja micro-macro: lo que funciona a nivel local y a escala reducida sigue dejando pendiente cómo cuadrar el equilibrio nacional de las cuentas exteriores y los ingresos necesarios para lograr el pleno empleo en el mercado de trabajo y tener saneadas las cuentas públicas, dado el enorme déficit de servicios (en sanidad y educación) que padece una sociedad tan brutalmente desigual como la chilena.

Lo mismo cabe decir de la invocación a una genuina responsabilidad social empresarial. Se necesita no solo dotarla de contenido para que sea veraz, verde y valorada, sino diseñar la estructura de incentivos (esto es, regularla) para conseguir que la retórica se aproxime a la práctica, o sea, se necesita un capitalismo más estadocéntrico, no vale solo con la regulación articulada por la sociedad civil. Y ahí habrá que plantear la responsabilidad de remediar el daño ambiental ineludible en las operaciones que toda industria extractiva genera en su accionar. Valenzuela cree que en los países altamente desarrollados (por ejemplo Canadá) esas industrias operan sin daño ambiental: desgraciadamente esto no es así, como muestra la oposición ciudadana a los proyectos extractivos y la reinvención de la literatura sobre la *staple theory* (que nació precisamente en Canadá) ahora en clave convergente con la crítica latinoamericana al neoextractivismo. La idea del valor compartido, que forma parte de la retórica de la RSE estratégica, debe concretarse en que los afectados por las operaciones de las empresas deben ser compensados de manera efectiva con la propiedad sobre las acciones de esas compañías, esto es, con beneficios monetarios y con servicios de sanidad, educación y empleo. Esta inclusión por compensación no es desde luego la panacea, pero sin ella las siglas RSE deberían traducirse como retórica sistemáticamente embustera.

Hay otras propuestas, como la democracia territorial, que precisarían mayor concreción. Este es un punto clave porque remite a la organización descentralizada del Estado y ello requiere fijar desde el inicio las competencias de cada nivel administrativo y, por ende, la distribución del presupuesto público que le corresponde ejecutar. Si se quiere apostar por ayuntamientos fuertes, por una democracia más directa y participativa, hay que empezar a hablar de qué competencias y qué porcentaje del presupuesto del Estado se van a encargar de gestionar las municipalidades para llevarlas a cabo desde los principios

de subsidiariedad y suficiencia financiera. Eso mismo vale decir de los partidos políticos, que, para ser realmente independientes de los intereses empresariales y democráticos en su organización interna, deben contar con una ley de financiación pública, si es que realmente se busca articular los intereses ciudadanos a través de esas instituciones que también deberían ser consideradas de interés público. Este interés debe prevalecer también en el asunto escandaloso del agua (el epítome del fundamentalismo de mercado que ha asolado a Chile con lo peor del neoliberalismo), empezando por reconocer el derecho del Estado a expropiar y revertir a los distintos niveles de lo público la propiedad de ese recurso, tal y como está reconocido así en todas las constituciones europeas.

El libro de Valenzuela, que toca todas las dimensiones del desarrollo sostenible (económicas, sociales y ambientales) y sus abordajes desde las políticas públicas, no podía cerrar de mejor manera que apelando a la dimensión política internacional con una llamada a la integración regional y a una genuina cooperación internacional. Ambos son fenómenos de la misma índole: el primero se denomina ahora cooperación Sur-Sur, el segundo todavía necesita reinventarse, máxime porque Chile recién se “graduó” en desarrollo o más bien ha sido expulsado de la lista de beneficiarios de la ayuda al desarrollo que elaboran los sospechosos habituales del Comité de Ayuda al Desarrollo de la OCDE.

Sobre estos dos temas (integración regional y cooperación internacional) se necesitan también concreciones. En el primer caso, y esa es una de las conclusiones de la ingente literatura sobre el fracaso de la integración regional en América Latina (el sueño de Bolívar que lleva en lista de espera más de 200 años), hay que introducir dispositivos constitucionales para poder ceder soberanía faltantes en muchos países de la región, entre ellos Chile. Aquí tan solo un apunte. El caso de Europa, al que se apela en libro, no se debería tomar como modelo porque es irrepetible: en ninguna región del mundo se han producido tantos muertos por violencia interestatal ni se llevado a cabo un genocidio imperialista en los territorios coloniales de las dimensiones europeas como para activar los incentivos a favor del discurso de la defensa de la cooperación e integración económicas y el respeto de la democracia y los derechos humanos. Europa, más vale tarde que nunca, ha sido el normador universal pero después de haber sido el genocida internacional y de protagonizar continuas guerras intestinas de estado de naturaleza hobbesiano por excelencia.

En cuanto a la apuesta por una nueva cooperación internacional, el Chile que viene a partir de octubre debe legitimar y operativizar las propuestas adelantadas en el libro incorporándose a un nuevo club que nació a fines de 2018: el del Wellbeing Economy Governments (WEGo), una red de gobiernos y sociedad civil liderada por Escocia y Nueva Zelanda, y en la que participan Costa Rica e Islandia, que cuenta con el sustento intelectual de Joseph Stiglitz y una red académica y de la sociedad civil (Wellbeing Economy Alliance), para promover la economía del bienestar.

Llegados hasta aquí, me gustaría terminar mi intervención señalando que las sugerencias de Esteban Valenzuela en libro que hoy presentamos están ahora mismo en la vanguardia de las políticas públicas posdesarrollistas a nivel mundial. Por ello felicito fraternamente al autor, invitándole a que siga profundizando en la triangulación y el pensamiento en Y en ese viaje personal e intelectual, del que me siento compañero, hacia el Buen Vivir. Y le envió este regalo, la definición de economía del bienestar de la Wellbeing Economy Alliance: “la economía del bienestar pondrá a las personas en el centro de un nuevo objetivo económico y cerrará el abismo entre la economía y el control democrático. Proporcionará ante todo buenas vidas para las personas a tiempo, en lugar de requerir tanto esfuerzo para hacer parches. No dañará a las personas y al medio ambiente, y así evitará tener que hacer costosas intervenciones aguas abajo para reparar el daño causado por un modelo económico obsesionado con el crecimiento”.

Dr. Rafael Domínguez Martín, Director Cátedra de
Cooperación con Iberoamérica, COIBA,
Universidad de Cantabria domingur@unican.es